

bre nuevo; pero nosotros los necesitamos no ya nuevos, sino más nuevos, novísimos, renovados. Y es el caso que el hombre si bien nace nuevo —es decir, distinto de los demás—, va perdiendo su novedad de día en día, y aquí sobre todo, y nos conviene que lejos de perderla la vaya acrecentando. Y ¿cómo se logra esto?

Hay una profunda sentencia filosófica que hace honor a sus autores, y que dice en latín: *nemo dat quod non habet*, y en castellano «nadie da lo que no tiene». Y de ella se deduce que no son los hombres usados los que pueden dar novedad a los nuevos. Los hombres que hemos perdido la novedad podemos hacer hombres nuevos con novedad originaria y natural, pero no podemos acrecentársela. Antes bien se la amenguamos.

El problema más grave en España es que hay que educar a los jóvenes para una vida nueva, y que no pueden educarles para ella los formados en la vida vieja. Y aquí sí que entra casi todo lo que vengo exponiendo. Y como es el problema complicadísimo, me parece lo más acertado dejarlo para mejor ocasión.

Diciembre de 1902.

EL INDIVIDUALISMO ESPAÑOL

A PROPÓSITO DEL LIBRO DE MARTÍN
A. S. HUME, «THE SPANISH PEOPLE:
THEIR ORIGIN, GROWTH AND INFLUENCE»
LONDON, 1901.

POCOS libros me han sido más sugestivos de reflexiones respecto a nuestra España y a nosotros los españoles, que este libro de un inglés que nos conoce y nos estima. Es a primera vista un excelente compendio de historia de España, en 516 páginas en 8.º; pero si bien se mira resulta un excelente tratado de psicología del pueblo español.

Tiene en su capítulo x, pág. 375, una frase felicísima y muy gráfica, y es la de «la individualidad introspectiva de los españoles», *the introspective individuality of Spaniards*. En efecto, nos contemplamos mucho directamente a nosotros mismos, y no es éste, a la verdad, el mejor modo de llegar a conocernos, de cumplir el «conócete a ti mismo» colectivo y social. La introspección engaña mucho, y llevada a su extremo produce un verdadero vacío de conciencia, como aquel en que

cae el yogui que se harta de mirarse al ombligo. Porque un estado de conciencia que consistiera pura y simplemente en que la conciencia se contemplase a sí misma, no sería tal estado de conciencia, por falta de contenido. Esa supuesta reflexión del alma sobre sí misma es un absurdo. Pensar que se piensa sin pensar algo concreto, no es nada. Aprendemos a conocernos lo mismo que aprendemos a conocer a los demás: observando nuestros actos, sin más diferencia de que como estamos siempre con nosotros mismos y apenas se nos escapa nada de lo que hacemos concientemente, tenemos más datos para conocernos que los que para conocer a los demás tenemos. Mas aun así, rara vez sabemos de qué somos capaces hasta que nos ponemos a ello, y a menudo nos sorprendemos a nosotros mismos con algo que de nosotros no esperábamos.

De aquí la utilidad que le tiene a un pueblo conocer su historia para conocerse. Y Hume nos estudia en nuestra historia.

El humorista norteamericano Wendell Holmes habla en una de sus obras de los tres Juanes: de Juan tal cual él se cree ser, de Juan tal cual le creen los demás, y de Juan tal cual es en realidad. Y como para cada individuo, hay para cada pueblo sus tres Juanes. Hay el pueblo español tal y

como nosotros los españoles creemos que es, hay el pueblo español tal como le creen los extranjeros y hay el pueblo español tal y como es. Es difícil decir cuál de aquéllos dos se acerca más a éste; pero no cabe duda de qué conviene cotejarlos, y vernos desde dentro y desde fuera. Por mucho que nos lamentemos de la injusticia o lijereza de los juicios que respecto a nosotros profieran los extranjeros que nos visitan o nos estudian de otro modo, pudiera suceder que no fuesen menos injustos o menos lijeros los juicios que proferimos nosotros respecto a nosotros mismos. No ha mucho Havellock Ellis, en un escrito titulado *The genius of Spain*, ha hablado de la unidad de nuestra raza, y esto se ha tenido aquí por un absurdo, cuando puede muy bien ser que las diferencias que separan a los naturales de las distintas regiones españolas no sean mayores que las que separan a los de las regiones de otros pueblos a que tenemos por más unos, proviniendo nuestra falta de solidaridad, nuestro instinto disgregacionista, nuestro kabilismo en una palabra, de otras causas que no diferencias de raza.

Debe hacerse poco caso de ciertas afirmaciones etnológicas, dictadas, no por una investigación realmente científica, sino por sentimientos más o menos aceptables, pero ineficaces para establecer

la verdad. Así, cuando un escritor afirma que los catalanes son arios y semitas los demás españoles, o poco menos, lo seguro es que apenas sabe lo que es eso de arios y de semitas; y como la tal distinción es filológica más que etnológica, sería curioso que nos dijera qué lengua hablaban los ascendientes de los actuales catalanes antes de que en Cataluña entrase el latín, porque no es de creer que se sostenga en serio el gracioso disparate de suponer que proceden de colonias griegas. Son fantasías que no merecen tomarse en cuenta.

Los juicios de Hume respecto al pueblo español son a las veces durísimos, pero no más duros que los que aquí se oyen. Hay que leer lo que dice respecto a Felipe IV, en el capítulo XI, pág. 438, y a como le quería el pueblo español del siglo XVII, porque tenía las mismas faltas que éste entonces, siendo ocioso y amante del placer, taciturno y altanero, poético, artístico y literario, ignorante, gazmoño, lleno de prejuicios, de duro corazón y bravo, como su pueblo.

Vamos a entrar en el estudio de la psicología del pueblo español según Hume, debiendo advertir que mezclo mis reflexiones y propios puntos de vista a los del historiador inglés, aunque haciendo notar lo que es suyo y lo que es mío.

Antes de pasar adelante quiero señalar la distinción que establezco entre individualidad y personalidad, distinción que me parece de gran importancia.

Todos mis lectores saben lo que quiere decir individuo o indiviso, unidad distinta de las demás y no divisible en otras unidades análogas a ella, y lo que quiere decir persona. La noción de persona se refiere más bien al contenido, y la de individuo al continente espiritual. Con mucha individualidad, separándose uno muy fuerte y acusadamente de los demás individuos sus análogos, puede tener muy poco de propio y personal. Y hasta podría decirse que en cierto sentido la individualidad y la personalidad se contraponen, aunque en otro más amplio y más exacto sentido pueda decirse que se prestan mutuo apoyo. Apenas cabe fuerte individualidad sin una respetable dosis de personalidad, ni cabe fuerte y rica personalidad sin un cierto grado eminente de individualidad que mantenga unidos sus varios elementos; pero cabe muy bien una individualidad vigorosa con la menor personalidad posible dentro de su vigor, y una riquísima personalidad con la menor individualidad posible encerrando esa riqueza.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

Voy a servirme, como acostumbro hacer, de metáforas para aclarar mi idea.

En los gases se admite por los físicos que las moléculas están en cierto estado de disgregación, moviéndose rectilíneamente en todas direcciones —que es lo que produce los fenómenos de dilatación—, en cierto estado caótico y en realidad poco complejo; y sabido es también que no suelen presentarse de ordinario en estado gaseoso los cuerpos muy complejos, sino los más simples, los menos complicados. En cambio, los sólidos tienen sus moléculas ordenadas según órbitas o trayectorias relativamente fijas —sobre todo si son cristales—; y su individualidad se mantiene por intensa ley de cohesión, estando sus superficies en directo contacto con el ambiente y pudiendo comunicarse con éste y recibir su influjo. Un término medio ofrecen los líquidos. Pues bien; ciertos espíritus fuertemente individualizados pueden ser comparados a gases encerrados en una botella o bomba de recias paredes; mientras hay otros en contacto con el ambiente, en cambio con él y hasta de contornos cambiables, y que tienen una riquísima variedad interna, mucha personalidad.

O podríamos también comparar los unos a crustáceos encerrados en duros caparazones, que les dan formas rígidas y muy permanentes; y los

otros a vertebrados, que llevando el esqueleto dentro, adoptan formas que se prestan a variadas modulaciones.

O, para terminar con las metáforas, son unos espíritus comparados con los otros dentro del organismo social de que forman parte; los unos, como células vegetales, encerradas en duras paredes —fuertemente individualizadas—; y los otros, como células animales, contenidas en delicadísimas membranas y variables con movimientos amiboideos, aparte de los movimientos protoplasmáticos interiores, los llamados brownianos.

La individualidad dice más bien respecto a nuestros límites hacia fuera, presenta nuestra finitud; la personalidad se refiere principalmente a nuestros límites, o mejor no límites, hacia adentro, presenta nuestra infinitud.

Todo esto tiene mucho de quebradizo y acaso no se ajuste a una rigurosa psicología; pero me basta haber dado a entender al lector lo que con ello quiero decir, y prosigo.

Mi idea es que el español tiene, por regla general, más individualidad que personalidad; que la fuerza con que se afirma frente a los demás, y la energía con que se crea dogmas y se encierra en ellos, no corresponde a la riqueza de su contenido espiritual íntimo, que rara vez peca de complejo.

Paso ahora a señalar y comentar algunos pasajes de la obra de Martín A. S. Hume.

Ya en el prefacio nos dice que los españoles procedemos de raza afro-semítica, y que «la clave de este primitivo carácter de raza es una individualidad absorbente», *overwhelming individuality*, siendo debido a ella todo lo que en el mundo hemos hecho, nuestra pasajera grandeza imperial y nuestra tenacidad permanente (página 10), y más adelante (pág. 12), que ese sentido de individualidad, sobre el que se basaba el sentimiento, descansa en lo profundo de las raíces de la raza, habiéndolo convertido hábiles políticos en ventaja de sus ambiciones.

Al hablar de la dominación árabe en la página 77, dice que el berberisco, «como su lejano pariente el ibero, era hombre de fuerte individualidad, con una obstinada resistencia a obedecer a otro, a menos de que hablara en nombre de una entidad sobrenatural».

Pero es al acabar el capítulo IX (pág. 345) en que trata de nuestra época de grandeza, a mediados del siglo XVI, donde estampa estas notables palabras:

«Cada labriego iletrado y cada soldado bravu-

cón sentíase de una manera vaga que era una criatura aparte por razón de su fe; que los españoles y su Rey tenían una misión más alta que la confiada a otros hombres; y que, de entre los ocho millones de españoles vivos, el particular, Juan o Pedro, estaba individualmente, a presencia de Dios y de los hombres, como preminentemente el más celoso y ortodoxo de todos ellos. A esto había llevado a la masa del pueblo español la política de Fernando e Isabel.»

Y lo corrobora en la preciosa pintura que hace de Felipe II, el ídolo de nuestros tradicionalistas. A ella pertenecen estos párrafos:

«En él, como en tantos otros de sus paisanos, basábase una intensa individualidad en la idea de una distinción personal a los ojos de Dios, mediante sacrificio de sí mismo... Era bueno de corazón, buen padre y buen marido, amo indulgente y considerado, sin afición a la crueldad por sí misma. Y sin embargo, no eran para él cosas malas la mentira, la deslealtad, la crueldad, el infligir sufrimientos y muerte a muchedumbre de gentes inermes, y el asesinar secretamente a los que se le cruzaban en su camino, porque en su oblicuidad moral creía que los fines justificaban los medios y que era todo legítimo en las causas enlazadas de Dios y de España» (pág. 339). «Era ciego y

olvidadizo a todo lo que no fuese el sanguinoso Cristo, ante el cual se retorció en maniática agonia de devoción, seguro en su oscura alma, como tantos de sus compatriotas lo estaban, de que el divino dedo apuntaba desde la gloria sólo sobre él como sobre el hombre escogido, que había de obligar a la tierra al gobierno del Altísimo con Felipe de España como su Vice-regente, cual obligada consecuencia» (pág. 368). «Felipe II, en su sombrío orgullo, su mística devoción, su poderosa individualidad, no era más que la personificación del espíritu de su pueblo; por eso le siguieron con leal devoción, casi con adoración, hasta su desdichado fin, atravesando decepciones y derrotas, miseria, pobreza, opresión y sufrimientos. Hemos trazado en anteriores capítulos, paso a paso, el desarrollo del carácter español a partir de los elementos de que se formó; hemos hecho notar su intensa personalidad, su extática devoción a las fuerzas divinas, de donde el que cada individuo se considerara como estando aparte, y su constante anhelo de distinguirse por el sacrificio venciendo las fuerzas del mal.»

Ya sé que muchos de los que lean esta pintura saldrán con la tan socorrida cantata de que este Felipe II es el Demonio del Mediodía forjado por la leyenda protestante, oponiendo a él, el otro,

el de la contra-leyenda —y como tal, no menos legendaria— que están forjando de entre un sin fin de minucias interpretadas con espíritu de rábula picapleitos, aplicado a la historia de la escuela del señor Seco-cómo-polvo que inventó Carlyle. Mas dejémonos abierto este pleito.

Lo que de la pintura de Hume me interesa aquí es lo referente a creerse cada español un individuo aparte, especial y personalmente escogido por Dios. Esto recuerda aquella pretensión de Pascal de que al morir Jesucristo hubiese derramado una gota de sangre por la redención de él, de Blas Pascal, que viviría en Francia a mediados del siglo xvii. En la historia de los que llamamos genios o grandes hombres, y otros héroes, se encuentran rasgos por el estilo. Cada uno de ellos tiene conciencia de ser un hombre aparte, escogido muy especialmente por Dios para una u otra obra.

En este respecto propendemos los españoles a creernos genios, o tenemos más bien un concepto robustísimo de la Divinidad, no creyéndole a Dios como el Dios frío y encumbrado del deísmo francés del siglo xviii, el Dios bonachón y haragán de las buenas gentes que nos pinta Beránger, sino más bien como un Dios cuya atención y cuidado se extiende de la última hormiga, tomada individualmente, al más grande y espléndido de los soles.

En realidad pueden llegar a ser vituperables todas las pretensiones de singularidad y de formar uno aparte de los demás, pero se comprende que uno que discursa, v. gr., pretenda que se le tenga por el primer orador, o por el primer escritor uno que escriba, o por el mejor cantante uno que canta. Lo que no se comprende es que una persona sin hablar, ni escribir, ni pintar, ni esculpir, ni tocar música, ni negociar asuntos, ni hacer cosa alguna, espere a que por un solo acto de presencia se le dipute por hombre de extraordinario mérito y de sobresaliente talento. Y sin embargo se conoce aquí en España —no sé si fuera de ella— no pocos ejemplares de esta curiosísima ocurrencia.

Conozco también quien no halla inconveniente en admitir que otro sea más guapo, más elegante, más fuerte, más sano, más inteligente, más sabio, más generoso, etc., que él, y que le aventaje en todas y cada una de las prendas que se quiera; pero en resumen, él, Juan López, el individuo en cuestión, es superior a todos los demás, por ser Juan López y por no haber otro Juan López lo mismo que él ni ser posible que vuelvan a reunirse las cualidades todas, buenas, malas, mejores y peores, que hacen al Juan López de que se trata. Él es único e insustituible, y no le falta razón de

esto. Y puede decir con *Obermann*: «En el universo no soy nada; para mí lo soy todo.»

Este violento individualismo, acompañado de un escasisimo personalismo, de una gran pobreza de personalidad, es lo que acaso explica mucha parte de nuestra historia. Explica la intensísima sed de inmortalidad individual que al español abraza, sed que se oculta en eso que llaman nuestro culto a la muerte.

Rinden semejante culto a la muerte los más furiosos amadores de la vida, aquellos en quienes el goce de vivir no puede apagar el hambre de sobrevivir. Me parece un grandísimo error lo de asegurar que el español no ama la vida, porque le es dura. Es todo lo contrario; porque le era dura no llegó al *tedium vitae*, al *Weltschmerz* de los hartos, y aspiró siempre a prolongarla indefinidamente más allá de la muerte.

En la parte tercera de la *Ética* de Spinoza, un judío de origen español —o portugués, que para el caso es lo mismo—, hay cuatro admirables proposiciones, la sexta, séptima, octava y novena, en que establece que cada cosa, en cuanto es, se esfuerza por perseverar en su ser mismo; que el esfuerzo con que intenta cada cosa perseverar en su ser, no es más que su esencia actual misma (*conatus, quo unaquaeque res in suo esse*

perseverare conatur, nihil est praeter ipsius rei actualem essentiam); que ese esfuerzo o conato envuelve tiempo indefinido y no finito, y que el espíritu intenta perseverar por duración indefinida y tiene conciencia de este su esfuerzo. No cabe expresar con más precisión el ansia de inmortalidad que consume al alma.

Este fuerte individualismo y de un individuo que se esfuerza por persistir le llevó a fijarse siempre en la dirección práctica, volitiva, y he aquí por qué nos admiraba tanto Schopenhauer a los españoles, teniéndonos por una de las castas más llenas de voluntad —o de voluntariedad más bien— más *vividoras*. El despego a la vida no es más que aparente, celando el más estrechísimo apego a ella. Y esa dirección práctica se ve en nuestro pensamiento, inclinado, ya desde Séneca, a lo que se llama el moralismo y poco afecto a la pura contemplación metafísica y especulativa, a ver el mundo como meros espectadores.

Ese mismo individualismo, que se hace impositivo, nos llevó al dogmatismo que nos corroe. España es el país de los más papistas que el Papa, como suele decirse, debiendo leerse a este respecto lo que Hume dice de las relaciones de Felipe II con la Santa Sede. España es el suelo escogido y abonado de eso que se llama integrisimo

y que es el triunfo del máximo de individualidad compatible con el mínimo de personalidad. España fué, en fin, y en más de un respecto sigue siendo, la tierra de la Inquisición.

De ésta y del inquisitorismo dice Hume muy buenas cosas. «Innata crueldad, orgullo individual, viva imaginación alimentada con extravagantes fábulas, religiosas y seculares, y gusto por la riqueza no ganada, todo se combinó bajo las bendiciones de la Reina (Isabel) y de la Iglesia para hacer de los españoles, como raza, infatigables perseguidores de los que se atrevían a pensar de diferente modo que ellos» (pág. 283). Bajo evidente y no pequeña exageración, hay aquí un gran fondo de verdad. Los españoles no podían obrar mal «porque obraban por la causa de Dios y con ella» (pág. 295). «No era ya posible (en tiempo de los Reyes Católicos) la unidad burocrática de los romanos, porque habían surgido de la reconquista naciones separadas; pero podía a lo menos mantenerse juntos a los varios pueblos, a los dominios autónomos y a las ciudades semi-independientes, por el fuerte lazo de la unidad religiosa, y con este objeto se estableció la Inquisición, como sistema gubernamental, que se desenvolvió luego en máquina política. ... Así es como aparece España desde un principio en el concierto

de las modernas naciones europeas, como un poder cuya existencia misma en su forma concreta depende de su rígido catolicismo doctrinal» (página 311). Pongo tan en duda esta última afirmación de Hume y estoy tan lejos de creerla justa, que a rebatirla he de dedicar otro estudio especial. Digno es de leerse, por lo demás, cuanto el historiador inglés dice a propósito de aquel repulsivo gran Duque de Alba y de su tristísima campaña en Flandes.

El individualismo español que vamos comentando es, sin duda, el que ha producido otro de los rasgos de nuestra historia, rasgo en que muy en especial se fija Hume, y al que llamaremos cantonalismo o kabilismo. Compréndese que me refiero a la tendencia a la disgregación, a separarnos en tribus. De Hume, al principio de su historia, son estas notables palabras:

«En todo caso, lo que se sabe de su físico parece negar la suposición de que fueran (los iberos) de origen ario o indoeuropeo; y para hallar sus parejos hoy, no hay más que buscar las tribus kábilas del Atlas, los habitantes originarios de la costa africana opuesta a España, que fueron arro-

jados a las montañas por sucesivas ondas de invasión. No sólo en lo físico se parecen estas tribus a lo que debieron de haber sido los primitivos iberos, sino que en menos cambiantes peculiaridades de carácter e instituciones es fácil trazar su semejanza con el español de hoy. La organización de los iberos, como la de los pueblos del Atlas, era clánica y tribal, y su característica principal su indomable independencia local. Belicosos y bravos, sobrios y animosos, los de las tribus kábilas han resistido tercamente miles de años todos los intentos de fundirlos en una nación o sujetarlos a un dominio uniforme, mientras el ibero, que arranca probablemente del mismo tronco, se mezcló con razas arias que poseían otras cualidades, y fué sometido por seis siglos a la organización unificadora de la más grande raza gobernante que haya jamás visto el mundo: los romanos; y sin embargo, aun en el día de hoy, el carácter principal de la nación española, como el de las tribus kábilas, es falta de solidaridad» (*lack of solidarity*, página 3).

Esta idea radical reaparece de continuo, como estribillo o *leitmotiv*, en la obra de Hume. «El problema de los romanos —como fué el problema de todos los subsiguientes gobernantes de España— era levantar un edificio de civilización euro-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cada. 1625 MONTERREY, MEXICO

pea sobre cimientos líbicos o semíticos» (pág. 17). En la lucha con los romanos no tuvieron los españoles sentido de común lazo (pág. 25), y de hecho no puede compararse Viriato ni a Vercingetorix, ni a Arminio; cuando invadió Tarik, con sus berberiscos, a España, logró fácil victoria sobre un pueblo «cuyo único lazo de cohesión eran los cánones de la Iglesia, y cuyo supremo gobierno era un concilio de Obispos» (pág. 67); en el siglo XIII, cuando había casi pasado la necesidad de lucha y conquista y podía haberse asentado el pueblo bajo los sedantes efectos de la paz, «vino de la Roma papal el terrible soplo de intolerancia e hinchó en llama, que se hizo luego hoguera, la chispa, siempre encendida en el pecho ibero, de la envidia y el odio al del valle o la ciudad próximos; al hombre que se viste de otro modo, que habla de otra manera o que adora a otro Dios» (pág. 180); en tiempo de los Reyes Católicos, «los castellanos odiaban a los aragoneses, los catalanes detestaban a los castellanos; los navarros no tenían nada de común ni con una ni con otra nación» (pág. 310). Fueron siempre y seguirán siendo diferentes naciones, con una tendencia centrífuga contrastada tan sólo al principio de este siglo (el XVI) por la reverencia a un Monarca semisagrado y la absoluta unidad de fe, y durante los últimos noventa

años por hábito nacional y el instinto de la propia conservación» (pág. 356). Al final del libro, al hablar de la República española de 1873, dice que la idea de la República era en España, en los más de los casos, la de una «federación comunística de estados autónomos, siendo sus motivos los celes sociales e industriales, y la eterna tendencia separatista que es la característica de los pueblos españoles» (pág. 511). Y por último, al hablar de nuestro presente, concluye diciendo que «el peligro que amenaza todavía a España es la indarraigable tendencia de ciertas regiones a cobrar autonomía. Las razones que sirven a esto de base han sido ampliamente expuestas en este libro, y se habrá visto que arraigan en el origen mismo de los pueblos. Probablemente habrá que afrontarlo y aceptarlo en alguna forma antes de que la raza española ocupe su posición permanente entre las naciones renacidas del mundo» (pág. 513).

Estos juicios podrán parecer muy duros a muchos; pero obsérvese que provienen de un inglés que nos conoce bien y que nos quiere, de un inglés que escribe y habla admirablemente el español, siendo muy galano escritor en lengua castellana, y que aparecen en un libro que forma parte de una de esas numerosas series a que son tan aficionados en Inglaterra los editores, de una serie

que se titula «Los grandes pueblos» *The Great Peoples*, y edita en Londres Heinemann.

Ahora surgen dos cuestiones: la primera, de cuál es el origen de ese individualismo; y la segunda, de cuál sea su remedio, la cuestión etiológica y la terapéutica.

Desde luego me inclino a creer que el kabilismo o cantonalismo, la tendencia separatista, no proviene de diferencias de casta, como indicaba al principio al apuntar el parecer de Havelock Ellis. Si Cataluña o las Provincias Vascongadas quedasen de pronto aisladas en medio del Océano, veríanse pronto desgarradas por disensiones interiores, por separatismos, y se alzarían unos frente a otros los distintos dialectos del catalán o del vascuence. En el país vasco, el menos lince echa de ver tales disensiones interiores.

Hay un pecado capital muy genuinamente español y del que me propongo escribir con alguna extensión, y ese pecado es la envidia, nacido de nuestro especial individualismo, y ese pecado es una de las causas del kabilismo. La envidia ha estropeado y estropea a no pocos ingenios españoles, sin ella lozanos y fructuosos. Todos recordamos el famoso símil de la cucaña. Hay en el fondo de nuestra casta cierto poso de avaricia espiritual, de falta de generosidad de alma, cierta pro-

pensión a no creernos ricos sino a proporción que son los demás pobres, poso que hay que limpiar.

El kabilismo y el individualismo español me parecen ambos efectos de una misma causa, la misma que produjo el picarismo. En su libro *Hampa*, señaló muy bien Salillas que la pobreza del suelo, su mala base de sustentación, produjo la trashumancia y el vagabundaje. Me parece más concreto y más histórico decir que obligó a los iberos a ser pastores, o acaso lo fueron ya durante siglos, en el país de donde venían. Con grandísima exactitud —dice Hume— que el puro español ha sido siempre «agricultor por necesidad y pastor por elección, cuando no era soldado» (*an agriculturist by necessity and a shepherd by choice, when he was not a soldier*) (pág. 224). Creo que podrían aclararse no pocos juicios acerca de nuestra historia, partiendo de este carácter pastoril de nuestro pueblo. En el fondo de la expulsión de los moriscos, pueblo agricultor y laborioso, de huer-tanos, apenas veo más que el tradicional odio de los que llamaré abelitas, de los descendientes en espíritu de Abel el pastor, contra los caínitas, los descendientes de Caín el labrador, que mató a su hermano. Porque la leyenda hebrea de Caín y Abel es una de las más profundas intuiciones de los comienzos de la historia humana.

¿Y cuál es el remedio a ese individualismo? Lo primero es ver si es un mal, o si apareciendo como tal no cabe convertirlo a bien, porque es evidente que de una misma madera se hacen los vicios y las virtudes, y que una misma pasión puede convertirse a bien o a mal.

Los siglos hicieron a nuestros remotos ascendientes pastores, y como pastores les hicieron haraganes, y yagabundos, y disgregados, y todas las demás cualidades que del ejercicio del pastoreo derivan; el tiempo, la vida urbana y civilizada, las necesidades que la concurrencia industrial y mercantil imponen hoy, el progreso, en fin, modificará ese fondo. ¿Cabe acelerar su obra y por qué medios? Esta es ya otra cuestión.

Diciembre de 1902.

SOBRE EL FULANISMO